735 4360

¡ESTABA ESCRITO!

PIEZA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MAYQUEZ FENOQUIO.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1869.

¡ESTABA ESCRITO!

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/estabaescritopie3507maiq

¡ESTABA ESCRITO!

PIEZA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MAYQUEZ FENOQUIO.

Representada por primera vez en Madrid, el dia 7 de Diciembre de 1868.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA.....	Doña Juana Gonzalez.
JUANA.....	Maria Nolay.
EDUARDO.....	D. José Vallés.
ENRIQUE.....	Andrés Ruesga.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala elegante: puerta al foro: otra primer término izquierda: enfrente un espejo grande, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA y JUANA.

JUANA. Ya ha dejado usted el lecho
y acaban de dar las diez?
EMILIA. No he podido descansar,
y ántes he pasado en él
un rato malo.
JUANA. Qué causa?...
EMILIA. No te la sabré exponer,
pero es el caso que el sueño
no he conciliado.
JUANA. Tal vez
las emociones que anoche
en el baile sufrió usted...
EMILIA. No te diré que no sea.
JUANA. Toma! Como que eso es!
EMILIA. Es que bien considerado
fué mi posicion cruel.
JUANA. El lance era divertido
y raro á más no poder.

671148

Dejarse hacer el amor
por el hombre mismo, que
por la Santa Madre Iglesia
su marido de usted es!...

EMILIA. Dí pruebas de mi paciencia.

JUANA. Paciencia! (Qué candidez!)
y sabe usted que es muy guapo!

EMILIA. Ay! Demasiado lo sé!
Pero está desmejorado;
tú no le llegaste á ver
ántes; se ha quedado flaco
y tiene ojeras.

JUANA. Que esté
ojeroso es de razon;
ya ve usted, tanto belen,
apenas le dará tiempo
para dormir y comer.

EMILIA. Quién diria que tan pronto
se olvidan los hombres de...
Hace seis meses que tuve
una reyerta con él
en la que, por mi desgracia,
entró mi madre tambien;
se sulfuró, yo no quise
como otras veces ceder,
porque mi madre decia
que humillaba mi altivez.
«Señora! me dijo entónces,
á mí me ampara la ley
si quiero pedir divorcio,
mas yo no lo pienso hacer,
porque si doy este paso
la perjudicaré á usted.
Mañana finjo un viaje
por razones de interés:
les diré á todos que vuelvo,
pero yo no volveré.
Emilia, tú lo quisiste,
Emilia, tú te lo ten.»

JUANA. Y se marchó?

EMILIA. Claro está.

JUANA. Y no volvió?

EMILIA. Ya lo ves.
Yo le hubiera detenido
y lo meditaba hacer,
cuando mi madre me dijo,
ya volverá si es de ley.
Le esperaba arrepentido,
y se pasaron dos, tres
meses, sin que una noticia
siquiera tuviera de él.
Escribí entónces á Enrique,
primo suyo, y á saber
llegué que aquí se encontraba,
muy divertido y muy bien.
Los celos por una parte,
y el cariño de otra, pues!
me obligaron á venir.

JUANA. Lo que sigue ya lo sé.
Ayer, sabiendo que él iba
á un baile, quiso usté ver
si á favor de la careta
le enganchaba usté otra vez.

EMILIA. Quise ver si su conducta...

JUANA. Vamos, no me engañe usted!
despues de todo, señora,
cumple usted con un deber
en buscar á su marido,
que se casó usted con él
para tenerle á su lado;
no para verle correr
como moro sin señor
por esta nueva Babel.

EMILIA. Anoche me he convencido
de que es una insensatez
esperar en su cariño;
y así me pienso volver
mañana mismo á Sevilla.

JUANA. Ya lo meditará usted
con más calma, y de seguro
cambiará de parecer.

EMILIA. Es todo inútil!

JUANA. Ó no!
Á ver, eche usted la red,

y puede que pronto grite
¡pues señor, ya le pesqué!

EMILIA. No me quiere.

JUANA. Quién lo dice?

EMILIA. Mi corazon.

JUANA. Vaya un juez!

EMILIA. Anoche...

JUANA. Qué pasó anoche?

EMILIA. Me dijo frases ..

JUANA. De miel.

EMILIA. Sin conocerme.

JUANA. Eso prueba...

EMILIA. Que no me quiere.

JUANA. Á mi ver
lo que prueba es que al mirarla
la quiso segunda vez.

EMILIA. Yo ya no le quiero.

JUANA. (Lejos.)

EMILIA. Y si volviera...

JUANA. (Qué bien!)

EMILIA. Le ahogaba.

JUANA. (Con un abrazo.)

EMILIA. Ó le daba...

JUANA. (Dirá el qué?)

EMILIA. Con la puerta en las narices.
(Suena una campanilla.)

JUANA. Llaman; voy á ver quién es.
(Con intencion subiendo al foro.)
Don Enrique.

EMILIA. Dí que pase.

JUANA. Ya viene.

EMILIA. Retírate. (Váse Juana.)

ESCENA II.

ENRIQUE y EMILIA.

ENR. Adios, prima.

EMILIA. Adios, Enrique.

ENR. Descansaste?

EMILIA. No muy bien.

ENR. Es claro; quién lo consigue

en posicion tan cruel?
Yo bien te dije que allí
sólo ibas á padecer;
pero tanto te empeñaste...

EMILIA. Al fin me desengañé;
cayó la venda, y le veo
tan infame como es.

ENR. Eso lo dice la boca.

EMILIA. Y el corazon.

ENR. Puede ser,
pero permite que dude...

EMILIA. Y por qué, primo, por qué?

ENR. Porque es regla general
sabida desde Noé,
que el amor crece al castigo
como el toro de poder.
Da el marido un paso en falso
si falso salió tambien,
y la mujer, al saberlo,
se pone hecha un Lucifer;
pero á los cinco minutos,
cuando le tiene á sus pies
y él ha sabido contarle
el caso como no fué,
acompañando el relato
de un abrazo, ó dos, ó tres,
ella dice: «es un bendito,
quién duda de su honradez?
Y ademas tiene un salero,
y unas manos... y unos pies...»

EMILIA. Pues, primo, en esta ocasion
de fijo desmentiré
esa regla general
que tú tan patente ves.
Á mí ya no me seduce,
lo he llegado á conocer.
¿Qué tenemos conque tenga
un marido, si despues
no le tengo, en el momento
que otra le quiera tener?
Cómo he de prestar oido
á sus palabras de miel,

si abrigo el convencimiento
adquirido por mi bien
de que en oyendo crugir
un vestido de glasé,
todas las fuerzas humanas
no le pueden contener?
Mira si no lo que anoche
me sucedió á mí con él.
Entro en el baile, y apenas
apoyada en tí me ve,
se acerca á nosotros para
que tú le digas quién es
la que te acompaña, pero
no pudiéndolo saber,
acecha el primer momento
en que de tí me alejé
para hablarme. Te conozco,
me dice.—Yo á tí tambien,
le replico.—Eres muy guapa.
—Mil gracias. —Si no hay por qué.
—Te he sacado en el olor.
No es fácil que me la den.
—Oiga! Y á qué huelo yo?
—Tú hueles á rosicler.
—Tienes la nariz muy fina.
—No es maleja...—Ya lo ves.
Deja á ese tonto de Enrique,
vente conmigo al café,
te daré cena.—Y qué más?
—Lo que tú quieras despues.
No te agarres de su brazo,
no vas segura con él;
tiene una mujer feroz
y si lo llega á saber...
—Nunca hará más que la tuya.
—Soy soltero.—Mientes bien.
—Cómo que miento?—Lo dicho.
—Puedes probarlo?—Sí haré...
Empieza á perder el tino;
me pregunta: responder
muy claramente no quiero;
esto aviva su interés,

y al cabo de dos minutos,
aún no cumplidos tal vez.
me jura que no ha sentido
un cariño como aquel
en su vida, y me promete
hacerse moro de rey
si yo no le correspondo.
Qué te parece?

ENR. Muy bien.

EMILIA. Muy bien dices?

ENR. Y en razon,
cómo me ha de parecer?
Lo que anoche sucedió
yo ya lo esperaba.

EMILIA. Pues?

ENR. Porque atendido el carácter
y condiciones de aquel
que se llama tu marido,
no podia suceder
otra cosa.

EMILIA. Y aún sostienes
que yo le perdonaré?

ENR. No lo sostengo; lo afirmo.
Si fuera un hombre de bien,
á la primera sospecha
no le hubieras vuelto á ver,
del mismo modo que el mundo
no manifiesta interés
al hombre honrado, y ensalza
al pillo de mala ley.

EMILIA. Pues yo te juro...

ENR. No jures,
que entónces no dudaré.
Por de pronto, y por si es cierta
esa decision, que estés
prevenida es conveniente:
no tardará en parecer
por aquí.

EMILIA. Cómo! Vendrá? (Con alegría.)

ENR. (Qué tal?) De fijo no sé;
pero anoche nos siguió,
y es posible...

EMILIA. Sin saber
quién soy?...
ENR. Esa es la razon.
EMILIA. Pues voy á ordenar...
ENR. Que estén (Con sorna.)
cerradas todas las puertas
para ese villano?
EMILIA. Pues!
Juana! (Llamando.)
ENR. Que no se descuiden! (Con malicia.)
EMILIA. Ya verás...
JUANA. Llamaba usted? (Saliendo.)
EMILIA. (Si viniera mi marido... (Bajo á Juana.)
sabes?)
JUANA. (Vaya si lo sé! (Id.)
Hago, lo que usted haria;
Le doy con las puertas en...)
EMILIA. (No, necia!... Le haces pasar.)
JUANA. (Ah! vamos; ya me enteré.)
ENR. Me olvidaba; mi señora
me encargó de recoger
unos dibujos...
EMILIA. Es cierto.
Si pasas te los daré.
ENR. Vamos... Que no abras la puerta!
EMILIA. (No te olvides!) (Bajo á Juana.)
JUANA. Está bien.

ESCENA III.

JUANA.

Si cuando yo lo decia!...
Pues no me la quiere dar,
á mí, que sin ser casada,
conozco la facultad!
Que le cerrará las puertas!
Infeliz! Qué ha de cerrar!
Si él viniese, se deshace
como en el agua la sal.
Y despues de todo, es justo;
que al fin casados están.

Pues si conozco yo alguna
que se ha propuesto cerrar
las puertas más de mil veces
á un bribon, á un perillan,
y su valor no llegó
ni tan siquiera á entornar.
Los hombres!... Esta es la plaga
que tiene la sociedad!
Mientras existan, no puede
una mujer tener paz.

ESCENA IV.

EDUARDO, JUANA.

EDUAR. Pues señor, ya estoy aquí;
no se puede pedir más.
La puerta se la han dejado
abierta de par en par.
Yo me cuelo; allá veremos
si se realiza mi plan.
Ella, aquí debe vivir...
si yo no recuerdo mal,
anoche dieron dos golpes
y repique... ha de habitar
forzosamente el segundo
de la izquierda, mi beldad.
Entro bien... mas la salida...
Dios sabe cómo será.

JUANA. Vamos á estar á la mira...
Caramba! (Viendo á Eduardo.)

EDUAR. No hay que gritar!
Sosiégate y nada temas,
que yo soy moro de paz.

JUANA. (Lo de moro, bien lo creo!)
Es mi asombro natural...
yo no esperaba...

EDUAR. Así viene
siempre la felicidad,
cuando ménos se la espera.

JUANA. Y ha venido?

EDUAR. La veras,

si callas, dentro de poco.

JUANA. Pues ya callo.

EDUAR. No has de hablar
sino para contestarme.
Empecemos: me dirás
quién eres y de qué sirves
en esta casa.

JUANA. (Estará!...)
(Indicando si estará beodo.)
Es usted de policía?

EDUAR. Casi, casi.

JUANA. Pues estan
mis papeles muy corrientes
y no me puede pescar...
y si me lleva usted presa,
será una *arbritraridad.*
Mire usted que tengo fuero.

EDUAR. Por ladina.

JUANA. Por papá,
que llegó á cabo segundo
sirviendo en el provincial.

EDUAR. Dejémonos de tontunas
y hablemos con seriedad.
Has visto tú el cuño nuevo?

JUANA. Y qué es eso?

EDUAR. Es un metal
que trasformado en moneda
ha empezado á circular.
El de ahora es muy bonito.

JUANA. De veras?

EDUAR. No dudarás
cuando lo hayas visto.

JUANA. Puede.

EDUAR. Está allí la libertad
representada de un modo,
que parece que va á hablar.

JUANA. (Yo sí que voy á hablar sola!)

EDUAR. Donde á mí me agrada más
es en la dobla de á cinco.
Y á tí?

JUANA. Phst... por variar...

EDUAR. Vamos; obsérvala bien,

y dime qué tal está...

JUANA. Á mí me gusta.

EDUAR. Te gusta?
Pues te la vas á guardar,
y otras cuatro compañeras
que aquí en mi bolsillo están,
si en el momento contestas
mis preguntas con verdad.
Qué eres tú aquí?

JUANA. Soy doncella.

EDUAR. No me gusta divagar.
Habla claro.

JUANA. Y qué más claro?

EDUAR. Adelante; bien está.
Tú debes tener un ama.

JUANA. Eso es lo más natural.

EDUAR. Tu ama debe ser bonita.

JUANA. Yo no sé sí lo será;
ya ve usted, yo no soy juez.

EDUAR. Me las guardo.

JUANA. No, por San...
Es bonita.

EDUAR. Y es soltera?

JUANA. No señor, viuda de un tal...

EDUAR. No quiero saber el nombre.
Cómo vive en sociedad?
es señora?

JUANA. Lo que es eso
se lo puedo asegurar...
Ya ve usted, yo la desnudo.

EDUAR. Me las guardo.

JUANA. Será tan?...

EDUAR. Si no hablas claro, de fijo.

JUANA. Hablaré.

EDUAR. Vamos allá.
Quién la visita?

JUANA. Ni un alma.

EDUAR. Me las guardé.

JUANA. Suele entrar...
un jóven. . sáquela usted,
que yo no puedo hablar ya!

EDUAR. Aquí está. Cómo se llama?

JUANA. La señora ó el galan?
EDUAR. El segundo.
JUANA. Don... don...
EDUAR. (Haciendo sonar las monedas.) Din!
JUANA. Don Enrique.
EUAR. Bien está.
(Mi primito! Si no cede...
su mujer le va á arañar.)
Y tu señora?
JUANA. (Qué digo?)
EDUAR. Vamos.
JUANA. Doña Soledad.
EDUAR. El nombre huele á tristeza,
aunque no me suena mal.
JUANA. (No le miento, que este nombre
bien le pudiera llevar.
Ella quiere compañía,
luego es que está en soledad.)
EDUAR. Y dime; ese don Enrique
desempeña aquí el galan,
ó hace segundos papeles?
JUANA. Él, es primo...
EDUAR. Basta ya.
Luego es posible que admita
tu señora, la amistad
de una persona decente
que venga á solicitar?
JUANA. No veo...
EDUAR. Pues mira aquí.
(Pasándola la moneda por delante de los ojos.)
JUANA. Si le he de hablar con verdad,
pienso que segun el pobre
así se le suele dar.
EDUAR. Oiga!
JUANA. Cuando es un buen mozo
y hombre decente ademas,
hay muy pocas que se atrevan
á resistir.
EDUAR. Es verdad.
JUANA. Ya ve usted, conozco el género;
como que soy un retal
de la misma pieza.

EDUAR. Es claro.
JUANA. Y bien á la vista está.
Que por algo le han llamado
el sexo débil.
EDUAR. Cabal.
JUANA. No digo bien?
EDUAR. Y tan bien,
que más me afirmo en mi plan.
Tus doctrinas subversivas
me dan valor, ve á avisar
á tu señora, que espero
á que tenga la bondad
de concederme una audiencia.
JUANA. Iré, pero...
EDUAR. Es natural:
toma las cinco monedas. (Se las da.)
JUANA. Voy volando.
EDUAR. Ven acá.
Me has infundido valor
y voy á recompensar
tus servicios, concediéndote
otro favor especial.
Dáme un abrazo.
JUANA. Caramba!
EDUAR. Y procura no apretar
que no he sido gastador.
JUANA. Y he de ser yo?...
EDUAR. Quieres más?
JUANA. Pero...
EDUAR. Yo te lo daré;
completo el favor será. (La abraza.)
JUANA. (Pues señor, vamos pescando!)
EDUAR. Márchate.
JUANA. (Qué original!) (Se va.)

ESCENA V.

EDUARDO, solo.

Eduardo, vamos á cuentas!
este es un paso atrevido,
y si te sale fallido

es posible que lo sientas.
Anoche te trastornó
en el baile una mujer,
y hoy te presentas á ver
si logras lo que logró.
Al parecer, es mi primo
el que manda en esta casa:
si por mis planes no pasa,
lo que es al primo... le arrimo.
Que no es justo, á lo que infiero
que él se mantenga tan bien,
y que los demas esten
sin tener para un puchero.
Los deberes del casado
son rígidos... y no puede...
yo le haré ver que se excede
con proceder tan malvado.
Tiene mujer y pensó...
al demonio se le ocurre!
si ya á su lado se aburre,
por qué no hace lo que yo?
Mi mujer se querellaba
sin razon; me armó un motin,
y dije: «aquí pongo fin;
se acabó lo que se daba.»
Tuve un disgusto, es verdad,
que no soy tan desalmado;
pero hoy grito entusiasmado:
¡que viva la libertad!
Luego por su propio bien
debo evitarle desgracias...
si me debe dar las gracias
porque le quite el belen.
Y cómo empezar á hablar
cuando salga esa señora?...
No debo ocuparme ahora...
porque el querer y el rascar...
Inspiracion he tenido
siempre en casos semejantes
y sin meditarlo ántes
á muchas he convencido.
Me va á tener por un tonto

si ve que la galanteo...
(Se dirige al espejo.)

ENR. (Asomándose á la puerta izquierda.)
(Ahí le tienes.)

EMILIA. (Ya le veo.) (Id.)

ENR. (Lo dije.)

EMILIA. (Ven.)

ENR. (Dónde!)

EMILIA. (Pronto.)
(Se retiran.)

EDUAR. (Arreglándose al espejo la corbata.)
Arreglémonos un poco,
que la primera impresion
casi siempre es la razon
de que se vuelva uno loco.
Cáscaras!... Qué es lo que miro?
(Mirando por el espejo.)
Mi primo con unas faldas.
De ella veo las espaldas,
pero de él... Habrá vampiro!
Eduardo, qué bien estás!
Le toma la mano... Un beso
la quiere dar!... Suelte usté eso!
hombre, no faltaba más!...
Para esto no tengo flema!
Y ella se deja!... Atrevido!
No sé por qué... mas me ha olido
como á cuerno que se quema!
Ya sale: yo le diré
si puede un hombre casado...

ENR. (Saliendo.)
Adios, dueño idolatrado!
Vuelvo en seguida!

EDUAR. Oiga usted!

ESCENA VI.

EDUARDO, ENRIQUE.

ENR. Eduardo!

EDUAR. Yo mismo soy.

ENR. Cómo aquí?

EDUAR. Dónde há de estar
el que quiere presenciar
tus deslices? Ya me voy;
porque ya puedo decir
á una víctima inocente:
«este hombre es un delincuente
á quien debes maldecir!»
ENR. Qué dices?
EDUAR. Que tu mujer
hace tiempo sospechaba
y que hoy su sospecha acaba.
ENR. Cómo! Ha llegado á saber?...
EDUAR. Aún no; pero lo sabrá
dentro de breves instantes.
ENR. Quién le dirá?... No me espantes.
EDUAR. Descuida! No faltará.
Y así quedará cumplida
la comision que me dió.
ENR. Es posible?... Te encargó?...
EDUAR. Que vigilara tu vida;
tenia el hilo, y el ovillo
me suplicó que buscara.
ENR. Gran Dios!
EDUAR. (Figura más rara!)
ENR. (Habrá algun hombre más pillo?)
EDUAR. Pronto tendrás los disgustos
consiguientes á tus faltas.
ENR. Primo, sin razon te exaltas.
EDUAR. (Le voy á matar á sustos.)
Que me exalto! y no hay motivo?
No mides las consecuencias
de arrastrar una existencia
entre placeres nocivos?
No te avergüenza que esten
sumidas en el dolor
dos mujeres?...
ENR. Ay! qué horror!...
EDUAR. (Ya lo voy haciendo bien.)
Considera, hombre atrevido,
cordero descarriado,
que si se aleja el ganado
te vas á encontrar perdido!

Advierte la pena negra
que te llegará á roer;
ten presente á tu mujer!
no te olvides de tu suegra!

ENR. Pero un pequeño desliz
ha de dar tal resultado?

EDUAR. Si no enmiendas tu pecado,
vas á ser muy infeliz!
Ya no habrá paz ni alegría
en tu pobre corazon
y verás tu situacion
más horrible cada dia.
Si sales por la mañana
á negocios ó quehaceres,
te dirán las dos mujeres
«ya vas á ver á Fulana!»
Y aunque las muevas un cisco,
no te harán caso ninguno:
tu suegra te dirá—Tuno!
y tu mujer—Basilisco!
Contarán á los amigos
que tu conducta es atroz
y levantarán la voz
cuando tengan más testigos.
Será condicion precisa
que no te puedas vestir
si es que no quieres sufrir
por mudarte de camisa.
La una de tí tirará
por un lado, otra por otro,
y te pondrán en un potro
que al fin te consumirá.
—Mal hombre!—dirá tu esposa;
su madre—Tirano vil!—
vendrá la guardia civil
y será gorda la cosa.
Por pacífica que sea
tu mujer, se hará una tigre,
y ya no habrá quien te libre
de una contínua pelea.
Vendrá un dia, no lejano,
en que las dos se unirán

y al cabo terminarán
por asentarte la mano.
Hoy saldrás con un carrillo
hinchado de un bofeton;
mañana, de un tropezon
te romperán un tobillo.
Habrá voces y porrazos;
por más que tú los evites
no estarás pronto á los quites
y tendrás mil arañazos.
Se enterará la vecina,
y la amiga, y el casero,
y el criado, y el portero,
y hasta el mozo de la esquina.
Y, ó te huyes al extranjero
para acabar tu agonía,
ó te destapas un dia
lo que nos tapa el sombrero.

ENR. Calla, por Dios! Demos fin
á ese cuadro aterrador,
que aunque eres un gran pintor,
no empleas mas el hollin.
(Sigamos las instrucciones
de mi prima.) Yo comprendo
todo lo vil que estoy siendo;
pero, chico, hay ocasiones!...
Figúrate una mujer
amante hasta el sacrificio,
que no tiene desperdicio,
y dime, qué vas á hacer?
Con encantos sobrehumanos
que enloquecen á cualquiera...
si el mismo José viniera
no escapaba de sus manos.
Tiene en cada ojo una fragua;
un pié como un cañamon;
luego, chico, un corazon...

EDUAR. (La boca se me hace agua.)

ENR. Mil veces imaginé
separarme de su lado;
pero estoy tan enredado...

EDUAR. Yo te desenredaré.

ENR. Es difícil.
EDUAR. Si lo dejas
á mi cuidado, verás...
ENR. Y cómo me salvarás?
Dí.
EDUAR. Cortaré las madejas.
ENR. No es posible.
EDUAR. No seas tonto.
ENR. Si vieras cómo me quiere!...
Ella de fijo se muere...
EDUAR. Si tú no la dejas pronto.
ENR. Cómo?
EDUAR. Sin que tengas duda.
Ya sentirás el disgusto.
Un dia le dan un susto
que al otro barrio la muda.
ENR. Y quién?
EDUAR. Tu mujer.
ENR. Bobada!
EDUAR. Mira que aquella no es lerda!
si tú no cortas la cuerda
darán una campanada.
ENR. Me vas á volver el seso!
EDUAR. No tengo tal pretension.
ENR. Me domina el corazon!
EDUAR. Chico! Y quién tiene ya eso?
ENR. Aunque escucho tus razones
no me puedo desprender
de esa divina mujer,
conjunto de perfecciones.
EDUAR. Es forzoso que adoptemos
un partido decisivo.
ENR. Con esta lucha no vivo;
á ver lo que resolvemos.
EDUAR. Está decidido; vete
ahora mismo.
ENR. Estás en tí?
EDUAR. Si no te largas de aquí
voy á ponerte en un brete.
No renuncio á mi papel,
que me he propuesto salvarte.
No quiero yo mismo echarte

en el pescuezo un cordel.
Soy tu amigo y tu pariente,
y por tu bien te aconsejo;
si quieres á tu pellejo
márchate inmediatamente.

ENR. Pero...

EDUAR. No hay peros. Adios.
Ó sales de bien á bien,
ó vamos á probar quién
puede aquí más de los dos.

ENR. Qué pensará?... yo me pierdo
en mil dudas.

EDUAR. No seas tonto;
verás como dice pronto
«si te he visto, no me acuerdo.»
Ademas yo quedo aquí
y te sabré disculpar;
has tenido que marchar
de pronto al Misisipí.

ENR. Tú te encargas?... (Qué tunante!)

EDUAR. Sí; descuida.

ENR. Le dirás...

EDUAR Que nunca la olvidarás.

ENR. Dile que sea constante.

EDUAR. Pierde cuidado lo haré.

ENR. Que no olvide aquellos dias...

EDUAR. Te vas?

ENR. Ni mis agonías,
ni la noche aquella de...

EDUAR Basta!

ENR. Te pierdo, mi sol!...

EDUAR. (Á que le rompo el bautismo?)

ENR. Embarco mañana mismo
mi mujer para el Mogol.
(Se dirige á la puerta del foro y Eduardo
paña.)

EDUAR. Adios, chico; y ten más calma.
Qué diablos! Á lo hecho, pecho:
vete á tu casa derecho
y se ensanchará tu alma.
Yo, cuando deje arreglado
este asunto, te veré.

(Aparece Emilia, y baja sin ser vista de Eduardo hasta el centro de la escena.)

EMILIA. (Ahora entro yo con usted, (Saliendo.)
que ya el momento ha llegado.

ESCENA VII.

EDUARDO, EMILIA.

EDUAR. Ya se fué. Qué dicha!
gozoso respiro;
no hay que detenerse;
á empezar el sitio. (Se vuelve.)
(Allí está; no hay duda;
su perfíl distingo;
valor y marchemos
contra el enemigo.)

EMILIA. (Ya baja: yo tiemblo;
por qué, si lo ansío?
Libremos batalla:
las armas esgrimo.)

EDUAR. Señora!...

EMILIA. (Preparen...
apunten!...)

EDUAR. He sido
indiscreto.

EMILIA. (Fuego!) (Se vuelve)

EDUAR. Jesus!

EMILIA. (Sonó el tiro!)
Caballero!... calle!...
Usté en este sitio?
Jamás tan honrada
me hubiera creido.

EDUAR. (Santo Dios! Mi esposa!
de este laberinto
el Señor me saque
con bien.)

EMILIA. Yo no atino
á qué debo el gusto
de haberle á usted visto.

EDUAR. Señora!... yo... vamos...
no sé lo que digo.

EMILIA. Cuando hace seis meses
tomó usté el partido
de dejar su casa
por ir tras el vicio,
salió tan de prisa
y tan decidido,
que yo imaginaba
segun los indicios,
que no pararia
en todo este siglo;
por eso me extraña,
me admira, repito,
que aquí detuviera
su paso atrevido.

EDUAR. Confieso, señora,
que yo no me explico
el cómo me encuentro
en este conflicto;
y puedo jurarla
que estoy aturdido
al verme delante
de usted.

EMILIA. Lo adivino.
Usted imaginaba
hallar en el sitio
en que ahora se encuentra
su esposa, un prodigio
de rara belleza,
que ayer con su hechizo
hizo lo que tantas
habrán conseguido.

EDUAR. Usted sabe acaso?...

EMILIA. Debo presumirlo.
Conozco sus mañas
y todos sus vicios.

EDUAR. Señora!...

EMILIA. Le extraña
lenguaje tan liso?
La verdad desnuda
es la que le indico.
¿Quién es el que ignora
sus rasgos bellísimos?

(Muy vivo.)
Ya todos conocen
sus farsas, sus lios,
sus amantes grescas,
sus torpes designios,
sus faltas mayúsculas,
sus graves delitos.
Lo mismo en Sevilla
que en la córte, amigo,
se sabe que es falso,
que miente, que es listo,
que embroma, que engaña,
que pide, que es pillo,
que abusa, que falta,
y que es un bandido:
lo venden los ciegos,
lo cantan los chicos
y en toda la Europa
está ya sabido.

EDUAR. Jesus! Pare usted,
ó de un tabardillo
reviento, señora,
al momento mismo.
Por Dios, que es chistoso
verse combatido
por la que debiera
hablar muy bajito!

EMILIA. Que yo?...

EDUAR. Sí, señora;
es acaso lícito
recibir visitas
de un amante primo?
Si todas las frases
que há poco me dijo
son tan merecidas,
á usted, qué le aplico?
Diré que sus pasos
son tambien sabidos;
que aquí se conocen
sus grandes principios,
sus amantes grescas,
sus bellos delirios,

sus actos punibles,
su descoco indigno;
y que si en Sevilla
es usté un prodigio
de mujeres raras,
aquí se ha sabido
que engaña, que miente,
que tapa, que quiso,
que oculta, que falta,
que abulta, que ha sido,
que azuza, que pincha
y que es basilisco;
y esto han de venderlo
á cuarto los chicos.

EMILIA. Vengarse pretende,
y es ya muy antiguo
pagar con desdenes
desden recibido.

EDUAR. Las mismas razones
que apoyan su dicho,
tengo yo, señora,
que apoyan el mio.

EMILIA. Pretende culparme
un marido indigno?

EDUAR. No soy yo, señora,
ese mal marido.

EMILIA. Usted me abandona.

EDUAR. Mi suegra lo quiso.

EMILIA. Por qué esas patrañas?

EDUAR. Señora no finjo.

EMILIA. Usted se cansaba.

EDUAR. Estaba ya frito.

EMILIA. Quién vive ligado?...

EDUAR. Quién sufre sus tiros?...

EMILIA. Por qué detenerse?

EDUAR. Si yo era benigno.

EMILIA. Tomó usted pretexto...

EDUAR. Razones, le digo...

EMILIA. De un lance pequeño...

EDUAR. No fué tan mezquino.

EMILIA. Faltó usté á mi madre.

EDUAR. Sobrarme ella quiso.

EMILIA. La dijo palabras...
EDUAR. En hechos me afirmo.
EMILIA. La dijo usted vieja...
EDUAR. Tambien ella dijo...
EMILIA. Y aun otras palabras...
EDUAR. Despues de un pellizco.
EMILIA. De usted es la culpa.
EDUAR. En ella declino.
EMILIA. Si no quiero verle.
EDUAR. Si yo no lo pido.
EMILIA. Por qué se presenta?
EDUAR. Ni yo me lo explico.
EMILIA. Pues váyase al punto.
EDUAR. Caramba!
EMILIA. Lo dicho!
EDUAR. Presumo, señora,
que usted no ha advertido
que con sus palabras
me ofende muchísimo.
EMILIA. Es bueno que ahora
se hubiera ofendido
el mismo que lanza
dicterios sin tino.
EDUAR. Señora, acabemos
tan duro martirio
y hablemos un rato
cual buenos amigos.
EMILIA. Si usted lo desea...
EDUAR. Tan sólo suplico.
Hace unos momentos
salió de este sitio
Enrique Peralta.
EMILIA. Su primo. (Con intencion.)
EDUAR. Mi primo. (Id.)
Segun vi yo anoche,
segun él me dijo,
le trajo á esta casa
amor clandestino.
Es cierto?
EMILIA. Muy cierto.
EDUAR. San Márcos bendito!
Y así lo confiesa?

EMILIA. No veo el delito.
EDUAR. Puede una señora
que tiene marido
escuchar amores
y darles oidos?
EMILIA. No sé si es que puede,
más sé que se ha visto.
EDUAR. Pero eso es enorme!
EMILIA. Despacio, amiguito,
que va usté á enredarse
en sus propios hilos.
EDUAR. Y cómo, señora?
EMILIA. Pues es muy sencillo.
Si en ellas existen
deberes, los mismos
presumo que tienen
los ellos... Me explico?
Me entiende usté ahora?
Contésteme!
EDUAR. (Cristo!)
EMILIA. Quedóse usted mudo?
EDUAR. Es que no es lo mismo.
EMILIA. Y así usted lo cree?
Será un desatino
querer que nosotras
tengamos sentido?
Es claro; los hombres
segun su capricho,
la ley del embudo
aplican sin tino:
y mientras se largan
en busca de primos,
si un primo se encuentra
que quiere atrevido
lo que ellos dejaron,
lo encuentran indigno.
EDUAR. Señora!...
EMILIA. No es cierto
tambien lo que digo?
Mas ya por fortuna
tendrá un correctivo
tan dura conducta;

seremos lo mismo'
hombres y mujeres.
Tan bellos principios,
yo soy la primera
que al público exhibo;
y viéndome sola
sin guia ni amigo,
acepto gustosa
la mano de un primo.
Un hombre me falta,
suplirle es debido.
Si sale marrajo
tambien le despido;
y así iré mudando
á ver si consigo
hallar uno bueno
entre tanto pillo.
Si son todos unos;
falaces, indignos,
hipócritas, falsos,
feroces, dañinos,
crueles, rabiosos,
ingratos, altivos,
entónces... entónces
al África emigro,
á ver si entre moros
encuentro marido!

EDUAR. Jamás semejante
absurdo se ha visto;
sin duda, señora,
perdió usted el juicio,
ó ya los deberes
no importan un pito.
Que sepa conviene,
por si es un olvido,
que aquí las mujeres
no tienen principios;
que todos sus fines
están reducidos
á hacer calcetines
que rompe el marido;
y si por desgracia

le toca uno arisco,
en vez de ponerle
en grave conflicto,
se calla, lo sufre,
y aguanta el martirio.
No busca revancha
con cuatro ni cinco;
y si hace, señora,
tan gran desatino
y no le bastára
que el mundo enterito
la llame coqueta,
feroz, basilisco,
hipócrita, falsa,
infame, asesino,
falaz, embustera,
cruel y sin tino,
entónces... entónces
el que es su marido
de un sólo trancazo
la rompe el bautismo.

EMILIA. Jesus!

EDUAR. No se asombre.

EMILIA. No temo el pedrisco.

EDUAR. Está usted curada
de espanto; lo he visto.

EMILIA. Quién esto tolera?

EDUAR. Quién sufre sus gritos?

EMILIA. Adios, caballero:
no vuelva á este sitio.

EDUAR. Usted me despide?

EMILIA. Lo he dicho clarito.

EDUAR. Pues bien; hasta nunca.

EMILIA. Adios.

EDUAR. Me retiro.

EMILIA. (No lleva mal trepe!) (Váse.)

EDUAR. Me pego hoy un tiro!

ESCENA VIII.

EDUARDO, solo.

Vamos á ver, hay razon
para que á un hombre le pase
lo que á mí, sin que al momento
los sesos se desbarate?
(Al público) Es que yo estoy obcecado?...
Sean ustedes francos .. Hablen:
Dígalo usted, caballero,
que parece respetable;
dígamelo usted, señora,
no tema usted lastimarme.
Mas no; mi mayor censura
la estoy sintiendo aunque tarde.
Me está muy bien empleado,
y hasta debieran atarme
á un pesebre... No lo digan;
ya lo sé, lo sé bastante.
Me voy, emigro, no quiero
con esa sierpe encontrarme.

ESCENA IX.

ENRIQUE, EDUARDO.

ENR. No puedo esperar tranquilo.
Vengo á saber si arreglaste...
EDUAR. (Si no me detiene Dios
yo sí que voy á arreglarte!)
ENR. No me dices?...
EDUAR. (Yo le pego!)
ENR. (Brama el pobre de coraje!)
EDUAR. Con que vienes á saber?...
ENR. Pues está claro!
EDUAR. (Tunante!)
ENR. No quiero ya que le digas
nada. No puedo alejarme
de esa mujer; es mi vida,
mi corazon.

EDUAR. (Tengo aguante?...)
ENR. La has visto? Habrás encontrado
que no hay palabras capaces
de pintar tanta hermosura,
de explicar tanto donaire.
EDUAR. (Vamos, yo le rompo algo
como este hombre se resbale!)
ENR. Has reparado su boca?
Qué labios, Vírgen del Cármen!
EDUAR. (Como no selles los tuyos
va á haber aquí un Roncesvalles!)
ENR. Qué pie!... qué mano!... qué pecho!...
y qué ojillos tan tunantes!...
Pues si vieras otras gracias
que ocultan sedas y encajes!...
EDUAR. (Lo ha visto todo... Dios mio!
ya el daño es irreparable!)
ENR. Qué tienes? qué te sucede?
EDUAR. Se atreve usté á preguntarme?...
ENR. Y por qué no?
EDUAR. Caballero!...
Ya es forzoso que se acabe
esta situacion.
ENR. Qué dices?
EDUAR. Que vas al momento á darme
cuenta de tu vil conducta
si no quieres que te mate.
ENR. Tu cabeza no está buena!
EDUAR. Es una pulla, bergante!
ENR. Ah! tonto; ya he comprendido
cuál es tu proyecto infame;
la has visto, te habrá petado,
y quieres desafiarme
para quitarte un rival.
EDUAR. Enrique!...
ENR. Mas llegas tarde.
Ella sólo á mí me adora,
y aun cuando tú me matases...
EDUAR. Mientes! Ella no te quiere.
ENR. Me lo aseguras en balde.
Me lo ha jurado... (Que pene!)
EDUAR. Habrá infamia semejante!

Basta ya; vente conmigo,
que no vivo hasta saciarme
de tu sangre!

ENR. ¡Chico! ¡chico!...

EDUAR. ¿No vienes?

ENR. Me dirás ántes
con qué títulos provocas
este temerario lance?

EDUAR. Te los diré. No me importa,
porque al fin he de matarte.
Esa mujer... es mi esposa!

ENR. Canario!

EDUAR. Tengo bastante
razon?

ENR. Sobrada te asiste.

ENR. Pero entendámonos ántes.
¿Te encuentras tú bien seguro,
sin temor de equivocarte,
de que la que habita aquí
es la que esposa llamaste?

EDUAR. Hombre, no faltaba más
sino que yo lo dudase!

ENR. Tienes razon; pero chico,
como que allá te casaste
y yo no la conocia...
no pude evitar...

EDUAR. Infame!

ENR. Y qué demonío! Tú tienes
la culpa de este percance.

EDUAR. Fuera gracioso que á mí
se me hiciera responsable.

ENR. El premio de tu conducta
recoges en este instante.
Tú la abandonaste ciego...

EDUAR. Y hay razon para portarse?...

ENR. Qué demonio! Ten más calma
y acaba lo que empezaste.
Si cansado de su amor
te viniste á tomar aires,
no quieras hoy ejercer
los derechos que olvidaste;
y como el célebre perro

de aquel hortelano, trates
de no comer, ni dejar
que los demas se regalen.
Tú no la quieres, ¿no es esto?

EDUAR. Quién te mete?...

ENR. No enojarse.
Es pregunta que interesa.

EDUAR. Pues bien; la olvidé un instante;
pero siento renacer
con mayor fuerza si cabe
aquella pasion que un dia
llenó de gozo inefable
mi corazon, y su ardor
es posible que me mate;
por eso es mayor mi mengua
y es aun mayor mi coraje;
por eso tú que me robas
esa joya inestimable,
vas á pagar por los dos
la afrenta que se me hace.
Sal al momento.

ENR. Qué prisa!

EDUAR. Serás tambien un cobarde?

ENR. (Pobrecillo!) Que me insultas!
Reflexiona...

EDUAR. No te bates?

ENR. Si lo quieres, vamos.

EDUAR. Vamos.

(Se dirige al foro. Emilia sale riéndose. Enrique la imita.)

EMILIA. Já! já! já!

ENR. Já! já! já!

EDUAR. Calle!

ESCENA ÚLTIMA.

EDUARDO, EMILIA, ENRIQUE.

EMILIA. Adónde tan decidido?
No se quiere despedir
puesto que marcha á morir,

de la mujer, el marido?
Ó es que teme arrepentirse
si al fin la llega usté á hablar,
y quiere usté apresurar
el instante de morirse?

EDUAR. Señora... yo...

ENR. Ven acá
y arrodíllate á sus piés,
porque miras y no vés.

EMILIA. Así el pecador está,
cuando viene arrepentido
á confesar su delito.
Arrodíllese prontito,
que harta paciencia he tenido.

EDUAR. Pero qué es esto, señor?

EMILIA. Que viniste á pretender
y has conseguido obtener
por segunda vez mi amor.
Que anoche te enamoraste
en un baile, y has hallado
que en aquel mismo pecado
tu penitencia encontraste.
Y de tan punible exceso,
hoy tu mujer te castiga
dándote su mano amiga
para que estampes un beso.
Besa; yo te lo permito...
ya se disipó el nublado.
Segunda vez te he pescado!
Qué remedio! Estaba escrito!

EDUAR. Pero aquello...

ENR. Fué una broma.

EMILIA. Pues; inventada por mí.

EDUAR. Qué peso se va de aquí! (Señalando al corazon.)
Déjame que me la coma...
(Besándola la mano.)
Pero cómo?...

EMILIA. De mi amor
una estratajema fué.
Te ví llegar y pensé
que este era el medio mejor.

EDUAR. Luego todo?...

ENR. Fué fingido.
EDUAR. Yo he sido malo, muy malo;
debieras coger un palo...
EMILIA. Lo que cojo es mi marido.
EDUAR. Tú me perdonas, querida,
y en mí renace la calma.
EMILIA. Ay! Eduardo de mi alma! ..
EDUAR. Ay! Emilia de mi vida!...
ENR. (Aquí estorbo!)
EDUAR. Viviremos
sin la mas leve rencilla.
Tu madre?... (Con temor.)
EMILIA. Queda en Sevilla.
EDUAR. Huy! Qué dichosos seremos!...
ENR. El onceno no estorbar.
EDUAR. (Llevándoselo ap.)
Tú no has visto?...
ENR. Calla, chico.
EDUAR. Qué! Si soy lo mas borrico!...
Vaya, voy á terminar.
Cual mariposa ciega
corrí anhelante
en busca de placeres
que poco valen.
Por este susto
de mi vida azarosa
hago aquí punto.

—

Se acabaron los bailes
y las jaranas:
sopitas y buen vino
me hacen ya falta.
Verás, mi vida;
á la oracion en casa,
y á la camita.

—

Puesto que me arrepiento
de todas veras
y mi adorada Emilia
contenta queda,
Sé tú benigno,
y no me agües la fiesta

con un silbido.
Mas si nuestra desgracia
llegase á tanto
que el juguete no fuese
de vuestro agrado,
El autor mismo
dirá en trance tan grave:
¡ESTABA ESCRITO!

FIN.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. G. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. María Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.